

RICARD SALVAT: IN MEMÓRIAM

ANTONIO SERRANO

EL 24 de marzo pasado murió en Barcelona Ricard Salvat, un pleno hombre de teatro del que, a su muerte, se han dicho cosas tan elogiosas como que fue un referente del teatro catalán, el padre del nuevo teatro catalán, un revulsivo cultural, un humanista, un sabio y un maestro... Javier Huerta lo definió como “uno de los nombres imprescindibles en la historia del teatro español desde los años sesenta”, y César Oliva va más lejos cuando afirma que “se nos ha ido una de las personalidades más importantes de la escena europea del siglo XX”.

Salvat nació en Tortosa en el año 1934. Estudió Filosofía y Lenguas Germánicas en la Universidad de Barcelona, aunque sólo terminó la primera especialidad por no poderse pagar las dos matrículas tras una sanción de las autoridades franquistas. No estuvo muy contento con sus profesores, con la excepción de José María Valverde, poeta y catedrático de Estética, que cambió el panorama de la especialidad y que le abrió el camino a innovadores métodos de trabajo y a nuevas corrientes artísticas, hecho insólito en la universidad de aquel tiempo. Por entonces comienza ya su pasión por el teatro, fundando la “Agrupación de Teatro Experimental”, montando obras de autores catalanes y extranjeros preferentemente, aunque con la presencia de algún clásico en castellano. Y otro grupo, creado junto a Miquel Portet –“Teatro Vivo”– se basó en la improvisación, y recibió elogios del propio José María Valverde, que lo calificó como “uno de los más interesantes experimentos escénicos” que él había conocido. Ganó una beca para Alemania, y en sucesivos viajes visitó asiduamente Berlín oriental, contactó con el famoso “Berliner Ensemble”, se empapó de las teorías de Brecht y de Piscator, aprendió lo que las nuevas corrientes proponían sobre la puesta en escena y sobre la “dramaturgia”, y estudió Ciencias Teatrales, Sociología y Estética con los más reconocidos maestros europeos de la época. Consolidó así una formación intelectual que será en él una marca definitiva.

En su faceta universitaria, participó en la creación del Departamento de Historia del Arte, con la idea de que algún día albergara una sección sobre las artes del espectáculo (Cine, Música y Teatro). En 1986 ganó la cátedra de Historia de las Artes Escénicas, primera cátedra teatral en España, aunque adscrita al Departamento de Historia del Arte. Pero su trabajo en la universidad fue siempre paralelo a su actividad teatral, de creación literaria, o de participación en cualquier proyecto cultural que

le pareciera interesante. En 1959, a los 25 años, ganó el premio Joanot Martorell con la novela *Animals destructors de lleis*, recientemente reeditada.

En el año 1960, junto con María Aurèlia Capmany, fundó la “Escuela de Arte Dramático Adrià Gual”, así denominada en homenaje a quien había significado un cambio radical y un paso a la modernidad en la concepción de la puesta en escena. La escuela tenía el compromiso de hacer tres estrenos por temporada, recibían el asesoramiento de Salvador Espriu, y tuvo colaboradores como Fabià Puigserver, Albert Boadella, Romà Gubern, Joan Brossa, Ràfols Casamada, a los que se sumaron esporádicamente Pier Paolo Pasolini, el editor Feltrinelli, Gabriel Celaya, entre otros. Por allí pasaron Nuria Espert, Josep Maria Benet i Jornet, Feliu Formosa, Ovidi Montllor, Montserrat Roig, Ventura Pons y muchos más. Allí Salvat aplicó todos los conocimientos que había traído de Europa años atrás: Brecht, Piscator, los métodos del “Berliner Ensemble”, Stanislavski y toda innovación que surgía lejos de nuestras rígidas fronteras. El repertorio era muy completo: desde autores catalanes (Rusiñol, Brossa, Gual, Guimerà, el propio Salvat) a los más representativos europeos (Pinter, Montherlant, Richardson) e incluso españoles no catalanes (Lope de Vega, Unamuno, Bergamín). Su presentación profesional fue con la obra *Primera història d'Esther*, de Salvador Espriu, que se estrenó en el Teatro Romea, en 1962, bajo la dirección de Salvat. Pero al binomio Salvat-Espriu le esperaban más días de gloria. Del poeta catalán montó *La pell de brau* (1963) y *Ronda de mort a Sinera* (1965), estrenada en el Teatre Lliure y considerada un trabajo mítico en la reciente historia del teatro español y, sin duda alguna, el título más emblemático en la vida del director. Llevada a Madrid, en catalán, con enorme éxito, se representó posteriormente en los festivales de Venecia y Nancy.

A partir de ahí, en sus más de ciento cincuenta montajes, Salvat se enfrenta a los dramaturgos más importantes del teatro europeo (Brecht, Cocteau, Sartre, Handke), aunque sin olvidar a los catalanes (Guimerà, Sagarra, Catalá, Pellicer) y otros contemporáneos (Lorca, Valle-Inclán, Buero Vallejo) en una producción ciertamente sorprendente. Se le encargan trabajos de dirección en países como Portugal, Italia, México, Grecia, etc, y es considerado como un invitado imprescindible en cualquier festival o congreso que se precie.

Fue su época dorada (años 70 y 80), en la que se le reconocía su amplia formación, su profundo conocimiento del teatro –y cine- europeo, su capacidad para la dirección, su rigor intelectual y también, todo hay que decirlo, sus enormes esfuerzos para la construcción de la Cataluña democrática. De 1971 a 1972 dirigió la Compañía Nacional Àngel Gui-

merà, una especie de Teatro Nacional de Cataluña en pleno franquismo, y en 1975 funda la Escola d'Estudis Artístics de l'Hospitalet de Llobregat. Entre 1977 y 1986 estuvo al frente del Festival de Teatre de Sitges. Fundó y dirigió la revista *Assaig de teatre*. Y es también por esos años cuando desarrolla una actividad agotadora escribiendo ensayos (*El teatre contemporani, I. El teatre ¿es un arma? De Piscator a Espriu, 1966; El teatre contemporani, II. El teatre ès una ètica. De Ionesco a Brecht, 1966; El teatro de los años 70, 1974; La il·luminació de gas i l'espectacle del XIX a Catalunya, Esplugues de Llobregat, 1980; Historia del teatro moderno, 1981; Bertolt Brecht no 90 aniversari do seu nascimento, 1988; Quan el temps es fai espai. La professió de mirar, 1999*), revisando textos suyos bien de narrativa, bien de teatro (*Freya, Mort d'home, Adrià Gual y la seva època, Castelao e sua època, Salvat Papasseit y la seva època*), haciendo crítica (en revistas como *Yorick, Pipirijaina, Primer Acto*), dirigiendo espectáculos (*La filla del mar, El tuerto rey, Noche de guerra en el Museo del Prado, Yerma, El embrujado, Guernika, Fills d'un Dèu menor, Èdip y Jocasta, El caballero de Olmedo, En la ardiente oscuridad, Fausto*, la ópera *Tannhäuser*, en el Teatro del Liceo, y un sinfín más), impartiendo conferencias, escribiendo artículos o asistiendo, como jurado, a diversos festivales del mundo. De ahí los reconocimientos y honores recibidos: Creu de Sant Jordi, Premi Nacional de Cultura de Teatre, Medalla d'Or al Mèrit Artístic de l'Ajuntament de Barcelona, etc.

En el año 2004 "se inventó" un extraordinario Festival Internacional Entrecultures de Tortosa, en el que reunía compañías de las más insospechadas partes del mundo: Mali, Egipto, Palestina, etc. El festival tenía vocación de acercarnos al teatro como vehículo de comprensión y colaboración entre los hombres y de aproximarnos a las tres grandes culturas. Se vivieron momentos verdaderamente inolvidables. Fue uno de esos festivales que podía haber tenido un futuro extraordinario y unas metas ilimitadas. Pero de nada sirvió: otra vez la miopía de los políticos destruyó un proyecto lleno de ambición ética y artística.

Su última puesta en escena como director fue en septiembre de 2008, con motivo del centenario de Mercé Rodoreda: una adaptación de la novela *Mirall trençat*, un espléndido trabajo que no contó ni con ayuda oficial para su producción, ni con la presencia y apoyo de las instituciones catalanas.

Últimamente había un innegable vacío en torno a Ricard Salvat; un vacío que, para ser más doloroso, provenía de las instituciones de un pueblo por el que Ricard había luchado hasta la extenuación. Sorprendía que uno de los nombres más representativos de la cultura catalana no tuviera encargos ni apoyos para sus proyectos. El Teatro Nacional de

Cataluña nunca le llamó para ningún montaje y sus puertas no se abrieron para él ni para darle el último adiós, en una actitud que sólo puede calificarse de mezquina. Visto desde fuera de Cataluña –seamos claros– su figura se advierte gigante y enigmática. No se entiende por qué su pueblo no le ha hecho la justicia que mereció. Pero tampoco se comprende por qué no fue requerido por los responsables de los sucesivos ministerios de cultura que han ido pasando. Quizá, quién sabe, por su ideología intensamente nacionalista. Y así, incomprendido por unos y por otros, se nos ha ido sin haber podido demostrar sus capacidades como gestor al frente de un teatro público.

Salvat, ciertamente, no era una personalidad cómoda ni como intelectual, ni como hombre de teatro. No fue cómodo porque era un hombre inteligente, con una profunda formación, que realizaba análisis rigurosos y brillantes. Y tampoco fue cómodo porque sus posturas políticas no tuvieron jamás el condimento de la miopía y el provincianismo. Era un nacionalista universal. La creación de la España de las Autonomías le pareció una oportunidad magnífica para que los teatros en lengua española no castellana recibieran un impulso y un reconocimiento definitivo en todo el Estado, y muy preferentemente en Madrid, ciudad a la que le gustaba llamar “rompeolas de todas las Españas”. Y creyó que el Centro Dramático Nacional podía asumir ese papel aglutinador. Pronto comprendió la ingenuidad de su esperanza y vivió otra desilusión.

Por este motivo, insistía en la responsabilidad de los rectores de teatros públicos. Le apasionaba este tema. Y habló y escribió mucho sobre los deberes de los centros dramáticos estatales y autonómicos: sobre su financiación, programación, producción y distribución. Con su inteligencia incisiva proponía planes, sacaba defectos, argumentaba proyectos.

Se ha ido un hombre, un artista con una personalidad poliédrica. A algunos se nos ha ido un amigo entrañable, con el cual conversar era un placer único. Pero a España se le ha ido uno de los intelectuales más importantes de la segunda mitad de siglo. Y aún habrá sorpresas sobre Ricard Salvat. En los cuadernos en los que él escribía incansablemente, hay un tesoro que debería ser publicado cuanto antes. Aparecerán facetas de su vida muy desconocidas y siempre apasionantes, como su relación y sus colaboraciones con Enrique Líster, o su actividad clandestina en la lucha antifranquista, o sus juicios sobre algunos de nuestros más conocidos exiliados, como Alberti.

La muerte de Ricard Salvat ha dejado en el teatro español un vacío difícil de llenar.